

XIV

Buena parte de la noche se pasó con la relación de Malespina y de otros oficiales. El interés de aquellas narraciones me mantuvo despierto y tan excitado, que ni aun mucho después pude conciliar el sueño. No podía apartar de mi memoria la imagen de Churruca, tal y como le ví bueno y sano en casa de Doña Flora. Y en efecto, en aquella ocasión me había causado sorpresa la íatensa tristeza que expresaba el semblante del ilustre marino, como si presagiara su doloroso y cercano fin. Aquella noble vida se había extinguido á los cuarenta y cuatro años de edad, después de veintinueve de honrosos servicios en la armada, como sabio, como militar y como navegante, pues todo lo era Churruca, además de perfecto caballero.

En estas y otras cosas pensaba yo, cuando al fin mi cuerpo se rindió á la fatiga, y me quedé dormido al amanecer del 23, habiendo vencido mi naturaleza juvenil á mi curiosidad. Durante el sueño, que debió ser largo y no tranquilo, antes bien agitado por las imágenes y pesadillas propias de la excitación de mi cerebro, sentía el estruendo de los cañonazos, las voces de la batalla, el ruido de las olas agitadas. Al mismo tiempo sentía que yo disparaba las piezas, que subía á la arboladura, que recorría las baterías alentando á los artilleros, y hasta que mandaba la maniobra en el alcázar de popa como un genera-

almirante. Excuso decir que en aquel refido combate forjado dentro de mi mismo cerebro, derroté á todos los Ingleses habidos y por haber, con más facilidad que si sus barcos fueran de cartón y de miga de pan sus balas. Yo tenía bajo mi insignia como unos mil navíos mayores todos que el *Trinidad*, y se movían á mi antojo con tanta precisión como los juguetes con que mis amigos y yo nos divertíamos en los charcos de la Caleta.

Mas al fin todas estas glorias se desvanecieron, lo cual, siendo como eran puramente soñadas, nada tiene de extraño cuando vemos que también las reales se desvanecen. Todo se acabó cuando abrí los ojos y advertí mi pequeñez, asociada con la magnitud de los desastres á que había asistido. Pero ¡cosa singular! despierto, sentí también cañonazos, sentí el espantoso rumor de la refriega, y gritos que anunciaban una gran actividad en la tripulación. Creí soñar todavía. Me incorporé en el canapé donde había dormido, atendí con todo cuidado, y en efecto: un atonador grito de *viva el Rey* hirió mis oídos, no dejándome duda de que el navío *Santa Ana* se estaba batiendo de nuevo.

Sali fuera y pude hacerme cargo de la situación. El tiempo había calmado bastante: por barlovento se veían algunos navíos desmantelados, y dos de ellos ingleses, hacían fuego sobre el *Santa Ana*, que se defendía al amparo de otros dos, uno español y otro francés. No me explicaba aquel cambio repentino en nuestra situación de prisioneros; miré á popa, y ví nuestra bandera flotando en lugar de la inglesa. ¿Qué había pasado? ó mejor, ¿qué pasaba? pues la cosa ocurría en aquellos momentos.

En el alcázar de popa estaba uno que comprendí era el General Alava, y aunque herido en varias partes de su cuerpo, mostraba fuerzas bastantes para dirigir aquel segundo combate, que parecía hacer olvidar respecto al *Santa Ana*, las desventuras del primero. Los oficiales alentaban á la marinería; ésta cargaba y disparaba las piezas que habían quedado servibles, mientras algunos se ocupaban en custodiar, teniéndoles á raya, á los ingleses que habían sido desarmados y acorralados en el primer, entrepunte. Los oficiales de esta nación, que

antes eran nuestros guardianes, se habían convertido en prisioneros.

Todo lo comprendí. El heroico comandante del *Santa Ana*, D. Ignacio M. de Alava, viendo que se aproximaban algunos navíos españoles, salidos de Cádiz con objeto de represar los buques prisioneros y salvar la tripulación de los próximos á naufragar, se dirigió con lenguaje patriótico á su abatida tripulación. Esta respondió á la voz de su jefe con un supremo esfuerzo, obligaron á rendirse á los ingleses que custodiaban el barco, enarbolaron de nuevo la bandera española y el *Santa Ana* quedó libre, aunque comprometido en una nueva lucha, más peligrosa quizá que la primera.

Este singular atrevimiento, uno de los episodios más honrosos de la jornada de Trafalgar, se llevó á cabo en un buque desarbolado, sin timón, con la mitad de su gente muerta ó herida y el resto en una situación moral y física enteramente lamentable. Preciso fué, una vez consumado aquel acto, arrostrar sus consecuencias: dos navíos ingleses, también muy mal parados, hacían fuego sobre el *Santa Ana*; pero este era socorrido oportunamente por el *Asís*, el *Montañés* y el *Rayo*, tres de los que se retiraron con Gravina el día 21, y que habían vuelto á salir para rescatar á los apresados. Aquellos nobles inválidos trabaron nueva y desesperada lucha, quizás con más coraje que la primera, porque las heridas no restañadas avivan la furia en el alma de los combatientes, y estos parece que riñen con más ardor, porque tienen menos vida que perder.

Las peripecias todas del terrible día 21 se renovaron á mis ojos; el entusiasmo era grande, pero la gente escasa, por lo cual fué preciso duplicar el esfuerzo. Sensible es que hecho tan heroico no haya ocupado en nuestra historia más que una breve página, si bien es verdad que junto al gran suceso que hoy se conoce con el nombre de *Combate de Trafalgar*, estos episodios se achican y casi desaparecen como débiles resplandores en una horrenda noche.

Entonces presencié un hecho que me hizo derramar lágrimas. No encontrando á mi amo por ninguna parte, y temiendo que corriera algún peligro, baje á la primera batería y le hallé

ocupado en apuntar un cañón. Su mano trémula había recogido el botafuego de las de un marinero herido, y con la debilitada vista de su ojo derecho buscaba el infeliz el punto á donde quería mandar la bala.

Cuando la pieza se disparó, se volvió hacia mí, trémulo de gozo y con voz que apenas pude entender, me dijo:

—¡ Ah! ahora Paca no se reirá de mí. Entraremos triunfantes en Cádiz.

En resumen, la lucha terminó felizmente porque los ingleses comprendieron la imposibilidad de represar al *Santa Ana*, á quien favorecían, á más de los tres navíos indicados, otros dos franceses y una fragata, que llegaron en lo más recio de la pelea.

Estábamos libres de la manera más gloriosa; pero en el punto en que concluyó aquella hazafia, comenzó á verse claro el peligro en que nos encontrábamos, pues el *Santa Ana* debía ser remolcado hasta Cádiz á causa del mal estado de su casco. La fragata francesa *Themis* echó un cable y puso la proa al Norte, ¿pero qué fuerza podría tener aquel barco para remolcar otro tan pesado como el *Santa Ana*, y que solo podía ayudarse con las velas desgarradas que quedaban en el palo del trianquete? Los navíos que nos habían rescatado, esto es, el *Rayo*, el *Montañés* y el *San Francisco de Asís*, quisieron llevar más adelante su proeza y forzaron de vela para rescatar también al *San Juan* y al *Bahama*, que eran marinados por los ingleses. Nos quedamos, pues, solos, sin más amparo que el de la fragata que nos arrastraba, niño que conducía á un gigante. ¿Qué sería de nosotros, si los ingleses como era de suponer, se reponían de su descalabro y volvían con nuevos refuerzo á perseguirnos? En tanto parece que la Providencia nos favorecía, el viento, propicio á la marcha que llevábamos, impulsaba á nuestra fragata, y tras ella, conducido amorosamente, el navío se acercaba á Cádiz.

Cinco leguas nos separaban del puerto.

¡Qué indecible satisfacción! Pronto concluirían nuestras penas; pronto pondríamos el pié en suelo seguro, y si llevábamos la noticia de grandes desastres, también llevábamos la

felicidad á muchos corazones, que padecían mortal angustia creyendo perdidos á los que volvían con vida y con salud.

La intrepidez de los navío españoles no tuvo más éxito que el rescate del *Santa Ana*, pues les cargó el tiempo y tuvieron que retroceder sin poder dar caza á los navíos ingleses que autodiaban al *San Juan*, al *Bahama* y al *San Ildefonso*. Aún distábamos cuatro leguas del término de nuestro viaje, cuando vimos retroceder. El vendabal había arreciado, y fué opinión general á bordo del *Santa Ana* que si tardábamos en llegar íbamos á pasar muy mal rato. Nuevos y más terribles apuros. Otra vez la esperanza perdida á la vista del puerto y cuando unos cuantos pasos más dados sobre el terrible elemento nos habrían puesto en completa seguridad dentro de la bahía.

A todas estas se venía la noche encima con malísimo aspecto; el cielo, cargado de nubes negras, parecía haberse aplanchado sobre el mar, y las exhalaciones eléctricas, que le inflamaban con breves intervalos, daban al crepúsculo un tinte pavoroso. La mar cada vez más alboroteada, furia aún no aplacada con tanta víctima, bramaba con ira, y su insaciable voracidad pedía mayor número de presos. Los despojos de la más numerosa escuadra que por aquel tiempo había desafiado su furor juntamente con el de los enemigos, no se escapaban á la cólera del elemento, irritado como un dios antiguo, sin compasión hasta el último instante, tan cruel ante la fortuna como ante la desdicha.

Yo observé señales de profunda tristeza, lo mismo en el semblante de mi amo, que en el del general Alava, quien apesar de sus heridas estaba en todo y mandaba hacer señales á la fragata *Themis* para que acelerase su marcha si era posible. Lejos de corresponder á su justa impaciencia, nuestra remolcadora se preparaba á poner rizos y á cargar muchas de sus velas, para aguantar mejor el furioso vendabal. Yo participé de la general tristeza, y en mis adentros consideraba cuán fácilmente se burla el destino de nuestras previsiones mejor fundadas, y con cuánta rapidez se pasa de la mayor suerte á la última desgracia. Pero allí estábamos sobre el mar, emblema majestuoso de la humana vida. Un poco de viento le trans-

forma; la ola mansa que golpea el buque con blando azote, se trueca en montañía líquida que le quebranta y le sacude; el grato sonido que forman durante la bonanza las leves ondulaciones del agua, es luego una voz que se enronquece y grita, injuriando á la frágil embarcación; y ésta, despeñada, se sumerge, sintiendo que le falta el sostén de su quilla, para levantarse luego lanzada hacia arriba por la ola que sube. Un día sereno trae espantosa noche, ó por el contrario, una luna que hermosea el espacio y serena el espíritu, suele preceder á un sol terrible, ante cuya claridad la Naturaleza se descompone con fuerte trastorno.

Nosotros experimentábamos la desdicha de estas alternativas, y además la que proviene de las propias obras del hombre. Tras un combate habíamos sufrido un naufragio; salvados de éste, nos vimos nuevamente empeñados en una lucha, que fué afortunada, y luego cuando nos creíamos al fin de tantas penas, cuando saludábamos á Cádiz llenos de alegría, nos vimos de nuevo en poder de la tempestad, que nos atraía hacia afuera, ansiosa de rematarnos. Esta serie de deaventuras parecía absurda, ¿no es verdad? parecía la cruel aberración de una divinidad empeñada en causar todo el mal posible á seres extraviados; pero no, era la lógica del mar, unida á la lógica de la guerra. Asociados estos dos elementos terribles, ¿no es un imbécil el que se asombre de verles engendrar las mayores desventuras?

Una nueva circunstancia aumentó para mí y para mi amo las tristezas de aquella tarde. Desde que se rescató el *Santa Ana*, no habíamos visto al jóven Melespina. Por último, después de buscarle mucho, le encontré acurrucado en uno de los canapés de la cámara.

Acerquéme á él y le ví muy demudado; le interrogué y no pudo contestarme. Quiso levantarse y volvió á caer sin aliento.

—¡Está usted herido!—le dije.—Llamaré para que le curen.

—No es nada—contestó—¡Querrás traerme un poco de agua?

Al punte llamé á mi amo.

—¿Qué es eso, la herida de la mano?—preguntó éste examinando al joven.

—No, es algo más—repuso Don Rafael con tristeza, y señaló á su costado derecho cerca de la cintura.

Luego, como si el esfuerzo empleado en mostrar su herida y en decir aquellas pocas palabras fuera excesivo para su naturaleza debilitada, cerró los ojos y quedó sin habla ni movimiento por algún tiempo.

—¡Oh! esto parece grave—dijo mi amo con desaliento.

—¡Y más que grave!—añadió un cirujano que había acudido á examinarle.

Malespina, poseído de profunda tristeza al verse en tal estado, y creyendo que no había remedio para él, ni siquiera dió cuenta de su herida y se retiró á aquel sitio, donde le detuvieron sus pensamientos y sus recuerdos. El se creía próximo á morir, y se negaba á que se le hiciera la cura. El cirujano dijo que aunque grave, la herida no parecía mortal: pero añadió que si no llegábamos á Cádiz aquella noche para que fuese convenientemente asistido en tierra, la vida de aquel, así como la de otros heridos, corría gran peligro. El "Santa Ana" había sido en el combate del 21 noventa y siete muertos y ciento cuarenta heridos: se habían agotado los recursos de la enfermería, y algunos medicamentos indispensables faltaban por completo. La desgracia de Malespina no fué la única después del rescate; y Dios quiso que otra persona para mí muy querida sufriese igual suerte. Marcial cayó herido, si bien en los primeros momentos apenas sintió dolor y abatimiento, porque su vigoroso espíritu le sostenía. No tardó, sin embargo, en bajar al sollado, diciendo que se sentía muy mal. Mi amo envió al cirujano para que lo asistiese, y éste se limitó á decir que la herida no habría tenido importancia alguna en un hombre de veinticinco años; Medio-hombre tenía más de sesenta.

En tanto el navío "Rayo" pasaba por babor y al habla. Alava mandó que se le preguntase á la fragata "Thémis" si creía poder entrar á Cádiz, y habiendo contestado rotundamente que no, se hizo igual pregunta al "Rayo" que, hallándose casi ileso, contaba con arribar seguramente al puerto. En

tonces, reunidos varios oficiales, acordaron que se trasladaran á aquel navío al comandante Gardoqui, gravemente herido, y otros muchos oficiales de mar y tierra, entre los cuales se contaba el novio de mi amita, D. Alonse consiguió que Marcial fuese también trasladado, en atención á que su mucha edad le agravaba considerablemente, y á mí me hizo el encargo de acompañarlos como paje enfermero, ordenándome que no me apartase ni un instante de su lado, hasta que no les dejase en Cádiz ó en Vejer, en poder de su familia. Me dispuse á obedecer; pero quise persuadir á mi amo de que él también debía trasbordarse al "Rayo" por ser más seguro; pero ni siquiera quiso ori tal proposición.

—La suerte—dijo—me ha traído á este buque, y en él estaré hasta que Dios decida si nos salvamos ó no. Alava está muy mal, la mayor parte de la oficialidad se halla herida y aquí puedo prestar algunos servicios. No soy de los que abandonan el peligro: al contrario, le busco desde el 21, y deseo encontrar ocasión de que mi presencia en la escuadra sea de provecho. Si llegas antes que yo, como esperó, dí á Paca que el buen marino es esclavo de su patria, y que yo he hecho muy bien en venir aquí, y que estoy muy contento de haber venido, y que no me pesa, no señor, no me pesa.... al contrario.... Dile que se alegrará cuando me vea, y que de seguro mis compañeros me habrían echado de menos si no hubiera venido.... ¿Cómo había de faltar? ¡No te parece á tí que hice bien en venir?

—Pues es claro: ¿ese qué duda tiene?—respondí procurando calmar su agitación, la cual era tan grande, que no le dejaba ver la inconveniencia de consultar con un mísero paje cuestión tan grave.

—Veo que tú eres una persona razonable—añadió sintiéndose consolado con mi aprobación:—veo que tienes miras elevadas y patrióticas.... Pero Paca no ve las cosas más que por el lado de su egoísmo; y como tiene un genio tan raro, y como se le ha metido en la cabeza que las escuadras y los cañones no sirven para nada, no puede comprender que yo.... En fin.... sé que se pondrá furiosa cuando vuelva, pues.... como no hemos ganado, dirá esto y lo otro.... me volverá loco...., pero

quía..... yo no le haré caso. ¿Qué te parece á tí? ¿no es verdad que no debo hacerla caso?

—Ya lo creo, contesté. Usía ha hecho muy bien en venir: eso prueba que es un valiente marino.

—Pues vete con esas razones á Paca, y verás lo que te contesta, dijo él, cada vez más agitado. En fin; dile que estoy bueno y sano, y que mi presencia aquí ha sido muy necesaria. La verdad es que en el rescate del *Santa Ana* he tomado parte muy principal. Si yo no hubiera apuntado tan bien aquellos cañones, quién sabe, quién sabe.... ¿Y qué crees tú? Aún puede que haga algo más, aún puede ser que si el viento nos es favorable, rescatemos mañana un par de navíos.... Sí señor.... Aquí estoy meditando cierto plan.... Veremos, veremos.... Con qué adiós, Gabrielillo. Cuidado con lo que dices á Paca.

—No, no me olvidaré, repuse. Ya sabrá qué si no es por usía no se represa el *Santa Ana*, y sabrá también que puede ser que á lo mejor nos traiga á Cádiz dos docenas de navíos....

—Dos docenas no, hombre, dijo; eso es mucho. Dos navíos, ó quizás tres. En fin, yo creo que he hecho muy bien en venir á la escuadra. Ella estará furiosa y me volverá loco cuando regrese; pero.... yo creo, lo repito, que he hecho muy bien en venir aquí.

Dicho esto se apartó de mí. Un instante después le ví sentado en un rincón de la cámara. Estaba rezando y movía las cuentas del rosario con mucho disimulo, porque no quería que le vieran ocupado en tan devoto ejercicio. Yo presumí por sus últimas palabras que mi amo había perdido el juicio, y viéndole rezar me hice cargo de la debilidad de su espíritu, que en vano se había esforzado por sobreponerse á la edad cansada, y no pudiendo sostener la lucha se dirigía á Dios en busca de auxilios. Doña Francisca tenía razón. Mi amo, desde hace muchos años, no servía más que para rezar.

Conforme á lo acordado nos trasbordamos. D. Rafael y Marcial, como los demás oficiales heridos, fueron bajados en brazos á una de las lanchas con mucho trabajo, por robustos marineros. Las fuertes olas estorban mucho esta operación;

pero al fin se hizo, y las dos embarcaciones se dirigieron al *Rayo*. La travesía de un navío á otro fué malísima: mas al fin, aunque hubo momentos en que á mí me parecía que la embarcación iba á desaparecer para siempre, al fin llegó al costado del *Rayo*, y con muchísimo trabajo subimos lo escala.